



LVGO



TIENE Lugo fama de población bien cuidada. La calle de la Reina impuso su buen tono a la vieja calzada que después pasó a ser la Ruanova, ese sufrido camino carretero que aun soporta la burla municipal de «Calle de la Rúa Nueva», en redundancia escrita sobre placa de porcelana azul. La corriente asfáltica se va metiendo y solidificando por los rincones—calleja de los Clérigos, costanilla de Mirad—, proporcionando a las gentes sensación de comodidad y limpieza.

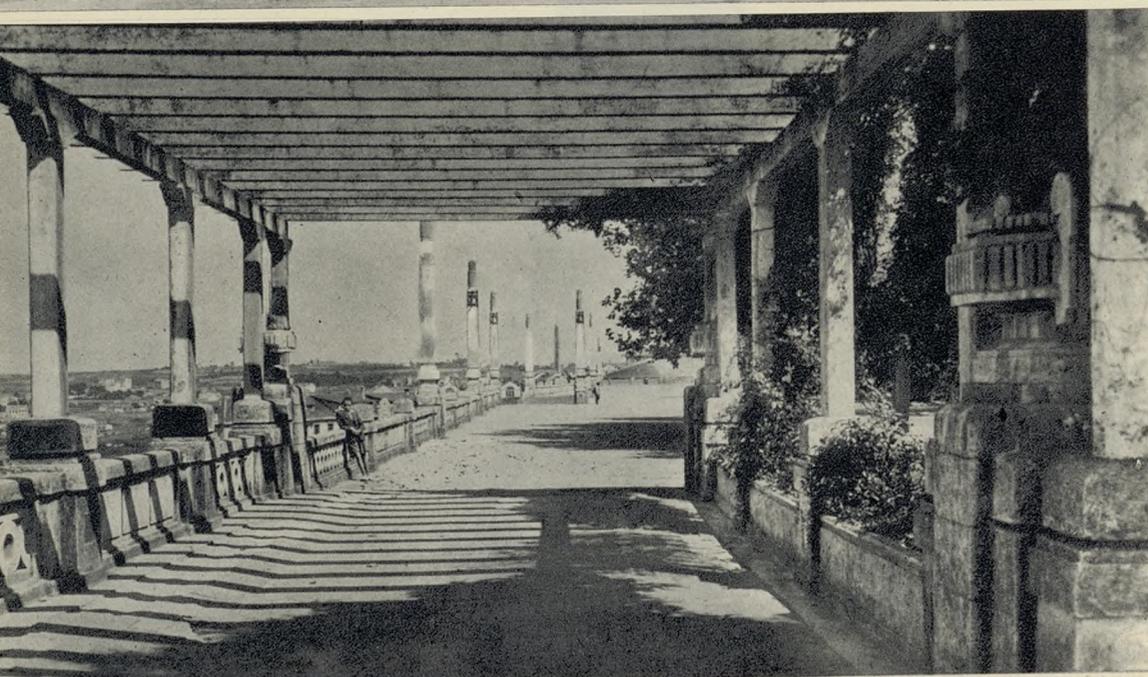
Pero a mí me atraen las calzadas, los callejones, los carriles, estas vías andadas con prisa de yantar medianero entre jornada y jornada, esos barrios de artesanos con medias puertas de zaquizamí, con obradores de carretería y de hojalatería, con zapateros de portal, cementistas modeladores de balastradas para fincas de nuevos ricos, fraguas sombrías de roja risa crepitante en lo hondo y tiendas de viejas merceras, que ponen un tabal de arenques a la puerta, mostrando la apretada plata de la escama untuosa.

Hay cientos de personas en Lugo que dieron miles de vueltas al Cantón y que se quedarían extrañadas si les preguntarais dónde está el carril de Catasol. Y, sin embargo, el carril de Catasol os espera en la barriada de San Roque, con sus bardas rebasadas por lujuriantes higueras para abrirnos a una delicia de paisaje rural.

Cerca, la calle de las Huertas,

Arriba: Vista del Miño a su paso por Lugo.—Abajo: de izquierda a derecha, calles del Generalísimo y San Marcos.





De arriba a abajo: Cantón de la Plaza Mayor; la muralla romana, única en el mundo; mirador del modernísimo parque; Puerta de la Estación, abierta en la muralla romana.

reptando entre casas de limpios zaguanes, que sigue en carril y termina en callizo angosto. La calle de las Flores—agobiada ya por un rascacielos—, con una puerta de cercado ostentando placa de cerdo padre, en la que se detallan las horas de recibo como si se tratase de un abogado de fama. La calzada de la Chanca, que nos lleva al valle del Meda, ese delicioso burgo para el verano con un amor reciente. Enfrente, el anteojo múltiple del viaducto para mirar a los sotos que bajan a saciar su sed.

Al otro lado de Lugo serpentean los carriles del Regueiro dos Hortos, que habrá corrido San Froilán, iniciándose en la teológica doma del lobo en la guarda de los ganados cerca de la calzada que baja al viejo puente del Miño. El «quinteiro» del Carmen, que es un grupo urbano y humano interesante para quien, libre de tentación, quiera asomarse a sus patizuelos y a sus almas deformes. El barrio Falcón, de ciega plazuela y rúa paralela a la muralla. El carril de los Loureiros, solitario y alegre, de sol mañanero, con huertas repletas de frutales tentadores. La calle de Recatelo, ganada a las tierras de labor, con un pozo al final dormido bajo la clausura insuficiente de una tapa de madera que deja entrar finas lanzas de luz por lo carcomido de las juntas, quebrándose en el leve temblor del agua profunda. Este es el único que queda de los pozos en las calles lucenses. Antes los había en casi todas. Cuando se fatigaban las fuentes por el calor del verano, los pozos de las rúas ofrendaban a ricos y a pobres la frescura de su entraña, trémula de sorprenderse a la luz mirada por niños y por mujeres.

Y aquí y allá, una casa derruida por un incendio, en ruina viciosa de silvadar, la historia de un crimen que conmovió a la vecindad, la violencia de un amor desgraciado, la sensación tétrica de lo angosto, la referencia del suicidio de aquel mozo soñador que en un Carnaval salió en rutilante cabalgadura disfrazado de caballo de oros...

Pero no todo es inquietante. Una ciudad tan vieja, por fuerza ha de tener añejas historias y callejones sombríos. Yo procuro, cuando puedo, adentrarme en ellos para sentir la emoción de generaciones que son y que fueron. Definir a un pueblo diciendo que es industrioso, que es progresivo, revela pereza para captar su modo peculiar, su psicología colectiva. Las calles son a los pueblos lo que los trajes a las personas.

Y, complemento de las calles, los jardines. Lugo tiene cinco. El parque de Rosalía es reciente, de árboles jóvenes; pero ya la población lo ha incorporado a su vivir. Allí van los novios, las viejas, las madres, los niños y los seminaristas. Tuvo cisnes, que bruñían, displicentes, su impermeable blancura, y han dejado su estanque a las ocas, siempre temerosas de mano alevé.

El jardín de la cárcel es frío y en él esperan con sus alcuza los parientes de los presos, que aun tienen fuera quien los recuerda. Pequeño y todo, cubierto de follaje, no cuenta muchos adeptos, al igual que el despejado Campo del Castillo y que el jardín de San Fernando. El de San Roque recoge toda la chiquillería del barrio, que canta al ruedo romances ingenuos en torno a la estatua de Juan Montes, en tanto que el músico mira a la casa de enfrente, impenetrable de añoranzas. Es la última casa de postas que hubo en la ciudad.

La Plaza Mayor ofrece el doble atractivo de los jardines y de la alameda. Tiene su encanto sentarse al atardecer mirando al Consistorio y percibir cómo el sol se va poniendo ligeramente malva en la torre de la Nova. Además, la disposición de estos negrilla fue dirigida por experta mano. Constituye una doble columnata de arcos claustrales con abierto espacio rectangular al centro.

Todas las agrupaciones urbanas tienen su paseo predilecto. El de Lugo es a la vez ciudadano y campesino. Urbano, porque circunda la población y aun gira dentro de ella, y campesino, porque, prescindiendo de los primeros términos, sirve de mirador a sotos, pinares y tierras labrantías. En pocos lugares se disfrutará de un goce rural tan absoluto como frente a estas lejanías todas de campo a la redonda. Y como tiene escaleras a los cuatro vientos, el paseo puede ser acortado o alargado según las preocupaciones que cada uno lleve consigo.

Pero acaso el mejor atractivo de la muralla está en los días calientes, al oscurecer, en que las ventanas abiertas y las estancias iluminadas ofrecen la intimidad de las familias en torno a la mesa, como si el paseante se hallase ante un gigantesco escenario giratorio. Sin anécdota fingida. Con el sabor directo de una gran comedia humana—plácida en unas casas, movida en otras—que transcurriera ajena al espectador...

FRANCISCO LEAL INSUA